

sándole de que, por su dulzura, daba ocasión de quebrantar la ley de Moisés, y para insultarle, llamándole amigo de los pecadores y publicanos. ¡Con qué bondad, con qué humildad procuró conquistar el corazón del mismo Judas aun después de concertada la traición, lavándole los pies y llamándole amigo. Y, finalmente, ¡con qué caridad pidió a su Padre celestial perdón para sus verdugos, disculpándolos con su ignorancia! (Lc 23, 24).

126. ¡Oh cuán bella, dulce y cariñosa es la Sabiduría encarnada, Jesús! ¡Cuán bella en la eternidad, puesto que es el esplendor de su Padre, el espejo sin mancha y la imagen de su hondad, más radiante que el sol y más resplandeciente que la misma luz! ¡Cuán bella en el tiempo, puesto que ha sido formada por el Espíritu Santo pura, libre de pecado, y hermosa, sin la menor mancilla, puesto que durante su vida enamoró la mirada y el corazón de los hombres y es actualmente la gloria de los ángeles! ¡Cuán tierna y dulce es para con los hombres y especialmente para con los pobres pecadores, a los cuales vino a buscar visiblemente en el mundo y a los que sigue todavía buscando invisiblemente!

7. La Sabiduría es dulce en la Gloria

127. Nadie se vaya a imaginar que, por hallarse ahora triunfante y glorioso, sea Jesús menos dulce y condescendiente; al contrario: su gloria perfecciona en cierto modo su dulzura; más que brillar, desea perdonar; más que ostentar las riquezas de su gloria, desea mostrar la abundancia de su misericordia.

128. Leyendo las historias, veremos que, cuando esta Sabiduría encarnada y gloriosa se ha aparecido a sus amigos, no ha sido entre truenos o relámpagos, sino benigna y dulcemente; no con la majestad propia de una soberana o del Dios de los ejércitos, sino con la ternura de una esposa y la dulzura de un amigo. Se ha mostrado algunas veces en la Eucaristía; pero no recuerdo haber leído jamás que se presentara bajo otra forma que la de un gracioso niño.

129. No ha mucho tiempo, un desdichado, lleno de ira por haber dilapidado todo su dinero en el juego, levantó su espada contra el cielo, culpando a Dios de la pérdida de su fortuna. ¡Cosa extraña! En vez de los rayos y truenos a que se había hecho acreedor, vio descender de lo alto un papelito que, revoloteando, vino a caer cerca de él. Sorprendido el blasfemo, tomólo, lo desplegó y leyó: «Dios mío, tened misericordia de mí». Cayósele la espada de la mano, se sintió conmovido hasta el profundo del corazón y, arrojándose en tierra, pidió misericordia.

130. San Dionisio Areopagita refiere que un obispo llamado Carpo, que había convertido tras duras penas a un idólatra, enterado de que otro idólatra en un instante, le había hecho renunciar a su fe, se dirigió al Señor, rogándole con insistencia durante toda la noche que castigara a los culpables de la injuria hecha a su divina Majestad. Cuando he aquí que, estando en el mayor fervor de su oración y ardor de su celo, se abrió la tierra y vio que los demonios trataban de arrojar al infierno al idólatra y al apóstata. Levantó entonces la vista y vio abrirse los

cielos y que Jesucristo, viniendo a él con inmensa multitud de ángeles le decía: «Carpo, me pides venganza; no me conoces. ¿Sabes tú lo que pides y lo mucho que me han costado los pecadores? ¿Por qué deseas que los condene? Los amo tanto, que estaría dispuesto, si fuera necesario, a morir de nuevo por cada uno de ellos». A continuación, acercándose más a Carpo y mostrándole sus espaldas desnudas, le dijo: «Carpo, si quieres venganza, véngate sobre mí y no sobre estos pobres pecadores»

(Cf. S. DIONYSII AREOPAGITAE, Opera, epist. 8, § 6 (MG 3, 1097-1903).

131. Considerando todo esto, ¡cómo no amar a esta Sabiduría eterna, que nos ha amado y nos sigue amando más que a su propia vida, y cuya hermosura y bondad sobrepasan a cuanto hay de más dulce en el cielo y en la tierra!

132. Refiérese en la Vida del Beato Enrique Susón que un día la Sabiduría eterna, por él ardientemente deseada, se le apareció de la siguiente manera: Había tomado una forma corporal rodeada de una nube clara y transparente, sentada en un trono de marfil y despidiendo de su rostro y de sus ojos un fulgor semejante al del sol en su cenit; su corona era la eternidad; su vestido, su felicidad; su palabra, la suavidad; y sus abrazos causaban la dicha de todos los bienaventurados. Enrique la contempló con toda esta pompa, y lo que más le maravilló fue que tan pronto parecía una hermosa joven, portento de hermosura del cielo y de la tierra, como un gallardo mancebo que hubiese agotado todas las bellezas creadas para hermohear su rostro; unas veces la veía levantar la cabeza por encima de los Cielos y al mismo tiempo hollar con sus pies los abismos de la tierra; ora la veía cerca y ora lejos de sí; unas veces majestuosa y otras condescendiente, benigna, dulce y llena de ternura para cuantos se le acercaban. Contemplábala de esta suerte, cuando, dirigiéndose a él, le sonrió afablemente y le dijo: «Hijo mío, dame tu corazón». Arrojóse Enrique al instante a sus pies y le hizo ofrenda irrevocable de su corazón

(El mismo B. Enrique cuenta esta visión en el *Horologium Sapientiae*, l. 1, c. 1, p. 16-17 (ed. Richstätter, Marietti, 1929)).

A ejemplo de este santo, hagamos nosotros también a la Sabiduría eterna la oblación irrevocable del nuestro.

¡No ansía otra cosa de nosotros!

CAPÍTULO XII

Los principales oráculos de la Sabiduría encarnada que es preciso creer y practicar para salvarnos

(Este capítulo constituye la parte culminante de esta obra montfortiana. En la voz de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, oímos resonar las directivas básicas que debe llevar a la práctica el discípulo de la Sabiduría que quiere caminar en seguimiento del Señor. La Sabiduría nos habla ahora directamente... Invita al banquete del diálogo de la amistad... La Sabiduría ha llegado hasta nosotros en su movimiento de amor... Por amor se hace presencia y nos regala el don de sus oráculos, para orientar nuestra vida y darle sentido... Así se prepara el camino para la consagración total a Jesús